

Este material es para uso de los estudiantes de la Universidad Nacional de Quilmes, sus fines son exclusivamente didácticos. Prohibida su reproducción parcial o total sin permiso escrito de la editorial correspondiente.



# La formación de la clase obrera en Inglaterra

Prólogo de  
**Antoni Domènech**

Prefacio de  
**Eric Hobsbawm**

*Capitán Swing*

**E.P. THOMPSON**

# La formación de la clase obrera en Inglaterra

E.P. Thompson

Prólogo de  
**Antoni Domènech**

Prefacio de  
**Eric Hobsbawm**

colección  
**Entrelíneas**

*Capitán Swing* 

Título original:  
*The Making of the English Working Class*  
(1963, 2ª ed. 1980)

- © Del libro: E.P. Thompson (t)
- © De la revisión integral de la traducción de Elena Grau: Jorge Cano
- © Del prólogo: Antoni Domènech
- © Del prefacio: Eric Hobsbawm
- © De esta edición:  
Capitán Swing Libros, S.L.  
c/ Rafael Finat 58, 2º4 - 28044 Madrid  
Tlf: (+34) 630 022 531  
contacto@capitanswinglibros.com  
www.capitanswinglibros.com

- © Diseño gráfico:  
Filo Estudio  
www.filoestudio.com

Corrección ortotipográfica: Carlos Valdés

Primera edición en Capitán Swing:  
Septiembre 2012

Impreso en España / Printed in Spain  
EFCA - Torrejón de Ardoz (Madrid)

ISBN: 978-84-940279-3-2  
Depósito Legal: M-30109-2012  
Código BIC: FV



Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.

# Índice

Prólogo .....	9
(Antoni Domènech)	

Prefacio: Obituario para E. P. Thompson.....	19
(Eric Hobsbawm)	

## **La formación de la clase obrera en Inglaterra**

Prefacio .....	27
----------------	----

Prefacio a la edición de 1980.....	33
------------------------------------	----

Primera parte:

### **El árbol de la libertad**

1. Innumerables miembros.....	39
-------------------------------	----

2. El cristiano y Lucifer.....	48
--------------------------------	----

3. «Los baluartes de Satán».....	77
----------------------------------	----

4. El inglés libre por nacimiento .....	101
---	-----

5. Plantar el árbol de la libertad.....	127
---	-----

Segunda parte:  
**La maldición de Adán**

6. Explotación.....	215
7. Los trabajadores del campo .....	239
8. Artesanos y otros .....	264
9. Los tejedores .....	301
10. Niveles de vida y experiencias.....	349
I. Los bienes .....	349
II. Las viviendas .....	354
III. La vida.....	358
IV. La infancia .....	368
11. El poder transformador de la Cruz.....	387
I. La maquinaria moral .....	387
II. El milenarismo de la desesperación .....	412
12. Comunidad.....	441
I. Tiempo libre y relaciones personales.....	441
II. Los rituales de la solidaridad .....	456
III. Los irlandeses .....	468
IV. Miríadas de la eternidad .....	483

Tercera parte:  
**La presencia de la clase obrera**

13. El Westminster radical .....	491
14. Un ejército de reparadores.....	514
I. La Linterna Negra .....	514
II. La sociedad opaca .....	526

III. Las leyes contra la asociación .....	539
IV. Tundidores y calceteros.. .....	564
V. Los muchachos de Sherwood .....	597
VI. En nombre del oficio.....	621
15. Demagogos y mártires.....	650
I. Descontento .....	650
II. Problemas de dirección .....	655
III. Los clubes Hampden.....	679
IV. Brandreth y Oliver .....	697
V. Peterloo.....	719
VI. La conspiración de la calle Cato.....	750
16. La conciencia de clase.....	761
I. La cultura radical .....	761
II. William Cobbett .....	797
III. Carlile, Wade y Gast.....	813
IV. El owenismo.....	831
V. «Una especie de máquina» .....	859
Post Scriptum.....	887
Nota bibliográfica .....	913
Agradecimientos.....	917
Glosario inglés.....	919

# Prefacio

Este libro tiene un título un tanto tosco, pero que cumple su cometido. *Formación*, porque es el estudio de un proceso activo, que debe tanto a la acción como al condicionamiento. La clase obrera no surgió como el sol, en un momento determinado. Estuvo presente en su propia formación.

*Clase*, en lugar de *clases*, por razones cuyo examen es uno de los objetivos del libro. Existe, por supuesto, una diferencia. «Clases» es un término descriptivo, que elude tanto como define. Pone en el mismo saco de manera imprecisa un conjunto de fenómenos distintos. Aquí había sastres y allí tejedores, y juntos componían las clases.

Por *clase*, entiendo un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados, tanto por lo que se refiere a la materia prima de la experiencia, como a la conciencia. Y subrayo que se trata de un fenómeno *histórico*. No veo la clase como una «estructura», ni siquiera como una «categoría», sino como algo que tiene lugar de hecho —y se puede demostrar que ha ocurrido— en las relaciones humanas.

Todavía más, la noción de *clase* entraña la noción de *relación* histórica. Como cualquier otra relación, es un proceso fluido que elude el análisis, si intentamos detenerlo en seco en un determinado momento y analizar su estructura. Ni el entramado sociológico mejor engarzado puede darnos una muestra pura de la clase, del mismo modo que no nos puede dar una de la sumisión o del amor. La relación debe estar siempre encarnada en gente real y en un contexto real. Además, no podemos tener dos clases distintas, cada una con una existencia independiente, y luego ponerlas *en* relación la una con la otra. No podemos tener amor sin amantes, ni sumisión sin siervos. Y la clase cobra existencia cuando algunos hombres, de resultas de sus experiencias comunes —heredadas o compartidas—, sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos —y habitualmente opuestos— a los suyos. La

experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción en las que los hombres nacen o en las que entran de manera involuntaria. La conciencia de clase es la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. Si bien la experiencia aparece como algo determinado, la conciencia de clase no lo está. Podemos ver una cierta *lógica* en las respuestas de grupos laborales similares que tienen experiencias similares, pero no podemos formular ninguna *ley*. La conciencia de clase surge del mismo modo en distintos momentos y lugares, pero nunca surge exactamente de la misma forma.

Hoy en día, existe la tentación, siempre presente, de suponer que la clase es una cosa. Este no fue el sentido que Marx le dio en sus propios escritos de tipo histórico, aunque el error vicia muchos de los recientes escritos «marxistas». Se supone que «ella», la clase obrera, tiene una existencia real, que se puede definir de una forma casi matemática: tantos hombres que se encuentran en una determinada relación con los medios de producción. Una vez asumido esto, es posible deducir qué conciencia de clase debería tener «ella» — pero raras veces tiene —, si fuese debidamente consciente de su propia posición y de sus intereses reales. Hay una superestructura cultural, a través de la cual este reconocimiento empieza a evolucionar de maneras ineficaces. Estos «atrasos» culturales y esas distorsiones son un fastidio, de modo que es fácil pasar desde ésta a alguna teoría de la sustitución: el partido, la secta o el teórico que desvela la conciencia de clase, no tal y como es, sino como debería ser.

Pero en el otro lado de la divisoria ideológica se comete diariamente un error parecido. En cierto sentido, es una simple impugnación. Puesto que la tosca noción de clase que se atribuye a Marx se puede criticar sin dificultad, se da por supuesto que cualquier idea de clase es una construcción teórica perjudicial que se impone a los hechos. Se niega que la clase haya existido alguna vez. De otro modo, y mediante una curiosa inversión, es posible pasar de una visión dinámica de la clase a otra estática. «Ella» — la clase obrera — existe y se puede definir con cierta exactitud como componente de la estructura social. Sin embargo, la conciencia de clase es una mala cosa inventada por intelectuales desplazados, puesto que cualquier cosa que perturbe la coexistencia armoniosa de grupos que representan diferentes «papeles sociales» — y que de ese modo retrasen el desarrollo económico —, se debe lamentar como un «indicio de perturbación injustificado».<sup>1</sup> El problema reside en determinar

Un ejemplo de este enfoque, que abarca el período de este libro, se encuentra en la obra de un colega, el profesor Talcott Parsons: N. J. Smelser, *Social Change in the Industrial Revolution*, 1959.



cuál es la mejor forma de que a «ella» se le pueda condicionar para que acepte su papel social y cuál es el mejor modo de «manejar y canalizar» sus quejas.

Si recordamos que la clase es una relación, y no una cosa, no podemos pensar de este modo. «Ella» no existe, ni para tener, un interés o una conciencia ideal, ni para yacer como paciente en la mesa de operaciones del ajustador. Ni podemos poner las cosas boca abajo como ha hecho un autor que –en un estudio sobre la clase, que manifiesta una preocupación obsesiva por la metodología hasta el punto de excluir del análisis cualquier situación de clase real en un contexto histórico real– nos informa de lo siguiente:

Las clases se basan en las diferencias de poder legítimo asociado a ciertas posiciones, es decir, en la estructura de papeles sociales con respecto a sus expectativas de autoridad (...) Un individuo se convierte en miembro de una clase cuando desempeña un papel social relevante desde el punto de vista de la autoridad (...) Pertenece a una clase porque ocupa una posición en una organización social; en suma, la pertenencia de clase se deriva de la posesión de un papel social.<sup>2</sup>

El problema es, por supuesto, cómo este individuo llegó a desempeñar este «papel social» y cómo llegó a existir esa organización social determinada, con sus derechos de propiedad y su estructura de autoridad. Y estos son problemas históricos. Si detenemos la historia en un punto determinado, entonces no hay clases sino simplemente una multitud de individuos con una multitud de experiencias. Pero si observamos a esos hombres a lo largo de un período suficiente de cambio social, observaremos pautas en sus relaciones, sus ideas y sus instituciones. La clase la definen los hombres mientras viven su propia historia y, al fin y al cabo, esta es su única definición.

Si he mostrado una comprensión insuficiente de las preocupaciones metodológicas de ciertos sociólogos, espero sin embargo que este libro sea considerado como una contribución a la comprensión de la clase. Porque estoy convencido de que no podemos comprender la clase a menos que la veamos como una formación social y cultural que surge de procesos que sólo pueden estudiarse mientras se resuelven por sí mismos a lo largo de un período histórico considerable. En los años que van entre 1780 y 1832, la mayor parte de la población trabajadora inglesa llegó a sentir una identidad de intereses común a ella misma y frente a sus gobernantes y patronos. Esta clase gobernante estaba muy dividida y de hecho sólo ganó cohesión a lo largo de los mismos años porque

<sup>2</sup> R. Dahrendorf, *Class and Class Conflict in Industrial Society*, 1959, pp. 148-149.

se superaron ciertos antagonismos —o perdieron su importancia relativa— frente a una clase obrera insurgente. De modo que en 1832 la presencia de la clase obrera era el factor más significativo de la vida política británica.

El libro está escrito del siguiente modo. En la Primera parte se estudian las tradiciones populares con continuidad en el siglo XVIII, que tuvieron influencia en la agitación jacobina de la década de 1790. En la Segunda parte se pasa de las influencias subjetivas a las objetivas: las experiencias de grupos de obreros durante la Revolución industrial, que en mi opinión tienen una significación especial. También intento hacer una estimación del carácter de la nueva disciplina del trabajo industrial y la relación que la Iglesia Metodista puede tener con aquella. En la Tercera parte, se recoge la historia del radicalismo plebeyo y se lleva a través del ludismo hasta la época heroica del final de las guerras napoleónicas. Al final, se tratan algunos aspectos de teoría política y de la conciencia de clase en las décadas de 1820 y 1830.

Esta obra es más un conjunto de estudios sobre temas relacionados, que una narración continuada. Al seleccionar estos temas he sido consciente, a veces, de que escribía contra la autoridad de ortodoxias predominantes. Está la ortodoxia fabiana, en la que se considera a la gran mayoría de la población obrera como víctimas pasivas del *laissez faire*, con la excepción de un puñado de organizadores clarividentes: principalmente, Francis Place. Está la ortodoxia de los historiadores de la economía empírica, en la que se considera a los obreros fuerza de trabajo, como inmigrantes o como datos de las series estadísticas. Está la ortodoxia de *El progreso del peregrino*, según la cual el período está salteado por los pioneros-precursores del *Welfare State*, los progenitores de una *Commonwealth* socialista o —más recientemente— los primeros ejemplares de las relaciones industriales racionales. Cada una de estas ortodoxias tiene cierta validez. Todas han añadido algo a nuestro conocimiento. Mi desacuerdo con la primera y la segunda se debe a que tienden a oscurecer la acción de los obreros, el grado en que contribuyeron con esfuerzos conscientes a hacer la historia. Mi desacuerdo con la tercera es que interpreta la historia bajo la luz de las preocupaciones posteriores y no como de hecho ocurrieron. Sólo se recuerda a los victoriosos: en el sentido de aquellos cuyas aspiraciones anticipaban la evolución subsiguiente. Las vías muertas, las causas perdidas y los propios perdedores caen en el olvido.

Trato de rescatar de la enorme prepotencia de la posteridad al pobre tejedor de medias, al tundidor ludita, al «obsoleto» tejedor en telar manual, al artesano «utópico» e incluso al iluso seguidor de Joanna Southcott. Es posible que sus oficios artesanales y sus

tradiciones estuviesen muriendo; es posible que su hostilidad hacia el nuevo industrialismo fuese retrógrada; es posible que sus ideales comunitarios fuesen fantasías; es posible que sus conspiraciones insurreccionales fuesen temerarias: pero ellos vivieron en aquellos tiempos de agudos trastornos sociales y nosotros no. Sus aspiraciones eran válidas en términos de su propia experiencia y, si fueron víctimas de la historia, siguen siendo víctimas, si se condenan sus propias vidas.

Nuestro único criterio no debería ser si las acciones de un hombre están o no justificadas a la luz de la evolución posterior. Al fin y al cabo, nosotros mismos no estamos al final de la evolución social. En algunas de las causas perdidas de las gentes de la Revolución industrial podemos descubrir percepciones de males sociales que tenemos todavía que sanar. Además, la mayor parte del mundo está todavía hoy sufriendo problemas de industrialización y de formación de instituciones democráticas, análogas en muchas formas a nuestra propia experiencia durante la Revolución industrial. Todavía en Asia o en África se podrían ganar causas que se perdieron en Inglaterra.

Finalmente una nota de disculpa para los lectores escoceses y galeses. He omitido estas historias, no por chauvinismo, sino por respeto. Precisamente porque la clase es una formación tanto cultural como económica, he sido cauteloso en cuanto a generalizar más allá de la experiencia inglesa. Por otra parte, he tomado en consideración a los irlandeses, no por su situación en Irlanda, sino como inmigrantes en Inglaterra. La historia de Escocia, en particular, es tan terrible y atormentada como la nuestra. La agitación jacobina en Escocia fue más intensa y más heroica, pero la historia escocesa es sensiblemente diferente. El calvinismo no era lo mismo que el metodismo, aunque es difícil decir cuál era peor a principios del siglo XIX. En Inglaterra no teníamos un campesinado comparable a los emigrantes de las Highlands y la cultura popular era muy distinta. Es posible, al menos hasta la década de 1820, considerar que las experiencias inglesa y escocesa son algo distinto, puesto que los vínculos de tipo sindical y político eran pasajeros e inmaduros.

Este libro se escribió en Yorkshire y a veces está ilustrado con fuentes del West Riding. Mis más efusivos agradecimientos son para la Universidad de Leeds y para el profesor S. G. Raybould por permitirme, hace algunos años, iniciar la investigación que ha dado lugar a este libro; y a los administradores del Leverhulme Trust por la concesión de una beca de investigación que me ha permitido completar el trabajo. También he aprendido mucho de los que participaban en mis clases seminarios, con quienes he

discutido muchos de los temas que aquí se tratan. También merecen mis agradecimientos los autores que me han permitido citar fuentes manuscritas y con derechos de autor; los agradecimientos particulares se encuentran al final de la primera edición del libro. Tengo que dar también las gracias a muchos otros. Christopher Hill, el profesor Asa Briggs y John Saville criticaron partes del libro cuando aún era un borrador, aunque no son responsables en modo alguno de mis opiniones. R. W. Harris mostró una gran paciencia editorial cuando el libro sobrepasó el límite de páginas de la colección para la que había sido encargado en un primer momento. Perry Anderson, Denis Butt, Richard Cobb, Henry Collins, Derrick Crossley, Tim Enright, el doctor E. P. Hennock, Rex Russell, el doctor John Rex, el doctor E. Sigsworth y H. O. E. Swift me han ayudado en diferentes aspectos. Y también tengo que dar las gracias a Dorothy Thompson, historiadora con quien estoy relacionado por el accidente del matrimonio. He discutido cada uno de los capítulos con ella y he estado en situación inmejorable para tomar prestadas no sólo sus ideas, sino material de sus cuadernos de notas. Su colaboración no se encuentra en este o aquel aspecto particular, sino en la forma en que se ha enfocado todo el problema.

*Halifax, agosto de 1963*

## 6

# Explotación

**J**ohn Thelwall no era el único que veía en cada «manufactura» un centro potencial de rebelión política. Un viajero aristocrático que visitó los valles del Yorkshire en 1792 se alarmó al descubrir una nueva hilandería en el «valle pastoril» de Aysgarth: «Ahora, hay aquí una fábrica grande y ostentosa, cuyo arroyo ha acaparado la mitad del agua de los saltos de más arriba del puente. Con el tañido de la campana y el griterío de la fábrica, todo el valle está trastornado; la traición y los sistemas igualitarios son los temas de conversación, y la rebelión puede estar próxima.» La fábrica aparecía como un símbolo de energías sociales que estaban destruyendo el mismo «curso de la Naturaleza». Encarnaba una doble amenaza hacia el orden establecido. En primer lugar la de los propietarios de la riqueza industrial, aquellos advenedizos que gozaban de una injusta ventaja sobre los terratenientes cuyo ingreso dependía de los libros del registro de sus rentas:

Cuando los hombres acceden así a las riquezas, o cuando las riquezas que provienen del comercio se consiguen con demasiada facilidad, el infortunio se cierne sobre nosotros, hombres de ingresos medianos y renta fija; como lo hizo sobre todos los Nappa Halls y la *Yeomanry* de la tierra.

En segundo lugar, la amenaza de la población obrera industrial, a la que nuestro viajero describía con una aliterada hostilidad<sup>1</sup> que revela una reacción no muy alejada de la que tienen los racistas blancos, hoy en día, hacia la población de color: «La gente, es cierto, tiene trabajo; pero todos ellos se abandonan al vicio propio de la muchedumbre (...) En los ratos que las gentes no trabajan en la fábrica se aplican a la caza furtiva, al libertinaje y al pillaje.»<sup>2</sup>

La correlación entre la fábrica de algodoneros y la nueva sociedad industrial y la correspondencia entre nuevas formas de relaciones

<sup>1</sup> En la versión inglesa, el final del texto es como sigue: «(...) they issue out to poaching, profligacy and plunder.» (N. de la T.)

<sup>2</sup> *The Torrington Diaries*, compilado por C. B. Andrews, 1936, III, pp. 81-82.

de producción y sociales era algo común entre los observadores, entre 1790 y 1850. A fin de cuentas es lo que expresaba Marx, con una energía poco corriente, cuando decía: «el molino de agua lo asociamos con el señor feudal; la fábrica a vapor, con el capitalista industrial.» Y no sólo era el propietario de la fábrica lo que les parecía «nuevo» a los contemporáneos, sino también la población obrera que se había establecido en las fábricas y alrededor de ellas. «Nada más llegar a las lindes de las zonas manufactureras del Lancashire – escribió un magistrado rural en 1808 – encontramos una nueva estirpe de seres, tanto por lo que se refiere a las costumbres y la ocupación como a la subordinación.»; mientras que Robert Owen afirmaba, en 1815, que «la difusión generalizada de manufacturas en todo un país da lugar a un nuevo carácter en sus habitantes (...) un cambio esencial en el carácter general del grueso de la población».

En las décadas de 1830 y 1840, los observadores todavía se sorprendían ante la novedad del «sistema fabril». Peter Gaskell, en 1833, hablaba de la población manufacturera como de «un Hércules todavía en la cuna», «sólo desde la introducción del vapor como fuerza motriz ha adquirido su importancia primordial». La máquina de vapor había «reunido a la población en densas masas» y Gaskell había visto ya en las organizaciones de la clase obrera un «*imperium in imperio* de la más detestable descripción». <sup>3</sup> Diez años más tarde Cooke Taylor escribía en términos similares:

La máquina de vapor no tenía precedente, la *spinning-jenny*<sup>4</sup> no tiene ascendencia, la *mulé*<sup>5</sup> y el telar mecánico iniciaron un patrimonio imprevisto: surgieron de forma repentina como Minerva de la cabeza de Júpiter.

Pero lo que más inquietud causaba a este observador eran las consecuencias humanas de esas «innovaciones»:

Cuando un extraño atraviesa las masas de seres humanos que se han aglomerado alrededor de las hilanderías y estampaciones (...) no puede contemplar esas «atestadas colmenas» sin sentimientos de ansiedad y aprensión que llegan a consternarle. La población, como el sistema al que pertenece, es nueva; pero está creciendo por momentos en extensión y fuerza. Es un agregado de multitudes, que nuestras ideas expresan

<sup>3</sup> P. Gaskell, *The Manufacturing Population of England*, 1833, p. 6; Asa Briggs, «"Class" in Early Nineteenth-century England», en *Essays in Labour History*, compilado por Briggs y Saviile, 1960, p. 63.

<sup>4</sup> La *spinning-jenny* era una máquina de hilar con varios husos, fue inventada por James Hargreaves en 1764. (N. de la T.)

<sup>5</sup> La *mulé* era una variante de la *spinning-jenny* inventada por Samuel Crompton en 1797. En España se la conocía como «muía». (N. de la T.)

con términos que sugieren algo amenazador y pavoroso (...) como el lento crecimiento y la plenitud de un océano que, en un futuro no lejano, tiene que arrebatar a todos los elementos de la sociedad en la cresta de sus olas y transportarlos Dios sabe dónde. Hay poderosas energías que yacen inactivas en esas masas (...) La población manufacturera no es nueva únicamente en su formación: es nueva en sus hábitos de pensamiento y acción, que han sido conformados por las circunstancias de su condición, con poca instrucción, y menor guía, a partir de influencias exteriores.<sup>6</sup>

Cuando Engels describía *La situación de la clase obrera en Inglaterra en 1844* le parecía que «los primeros proletarios estaban relacionados con la manufactura, fueron engendrados por ella (...) los trabajadores fabriles, primogénitos de la Revolución industrial, han formado desde el comienzo hasta el presente el núcleo del Movimiento Obrero».

Por muy distintos que fuesen sus juicios de valor, los observadores conservadores, radicales y socialistas sugerían la misma ecuación: la energía del vapor y la fábrica de algodoneros = la nueva clase obrera. Se veía a los instrumentos físicos de la producción dando lugar, de forma directa y más o menos compulsiva, a nuevas relaciones sociales, instituciones y formas culturales. Al mismo tiempo, la historia de la agitación popular durante el período 1811-1850 parece confirmar esa imagen. Es como si la nación inglesa entrara en un crisol en la última década del siglo XVIII y surgiera con una nueva forma después de las guerras. Entre 1811 y 1813, la crisis ludita; en 1817 el motín de Pentridge;<sup>7</sup> en 1819, Peterloo; durante toda la década siguiente, proliferación de la actividad de las *trade unions*, propaganda owenita, periodismo radical, el movimiento por las diez horas, la crisis revolucionaria de 1831-1832, y, además de eso, la multitud de movimientos que constituyeron el cartismo. Quizá sea la escala e intensidad de esa agitación popular multiforme la que, más que cualquier otra cosa, ha dado lugar — tanto entre los observadores contemporáneos, como entre los historiadores — a la sensación de algún cambio catastrófico.

Casi todo fenómeno radical de la década de 1790 se puede encontrar reproducido, diez veces mayor, después de 1815. El puñado de panfletos jacobinos dio lugar a una multitud de publicaciones ultraradicales y owenitas. Donde, antes, Daniel Eaton cumplía prisión por publicar a Paine, Richard Carlile y sus vendedores cumplían un total de más de doscientos años de cárcel por delitos similares. Donde las Sociedades de Correspondencia mantenían una precaria existencia en muchas ciudades, los Clubes Hampden de la posguerra

<sup>6</sup> W. Cooke Taylor, *Notes of a Tour in the Manufacturing Districts of Lancashire*, 1842, pp.4-6.

<sup>7</sup> Sublevación que tuvo lugar en junio de 1817. (N. de la T.)

o las organizaciones políticas echaban raíces en las pequeñas poblaciones industriales. Y cuando toda esa agitación popular se asocia al espectacular ritmo de cambio de la industria del algodón, es natural suponer una relación causal directa. La fábrica de algodoneros aparece no ya como el agente de la Revolución industrial, sino también de la social; produce no sólo las mercancías, sino también el propio «Movimiento Obrero». La Revolución industrial, que empezó como una descripción, se invoca hoy como una explicación.

Desde la época de Arkwright hasta los tumultos de Plug<sup>8</sup> y más allá, la imagen que domina nuestra reconstrucción visual de la Revolución industrial es la «sombria fábrica satánica». En parte, quizá, porque es una imagen visual dramática: los edificios parecidos a cuarteles, las grandes chimeneas, los niños trabajando en la fábrica, los chanclos y las pañoletas, las viviendas arracimándose en torno de las fábricas como si éstas las hubieran parido. Es una imagen que nos obliga a pensar primero en la industria y sólo en segundo lugar en la gente relacionada con ella o que está a su servicio. En parte, porque a los contemporáneos les parecía que la fábrica de algodoneros y la nueva ciudad fabril —lo repentino de su crecimiento, la ingeniosidad de sus técnicas y la novedad o severidad de su disciplina— eran espectaculares y portentosas: un indicador más satisfactorio para el debate sobre el problema de la «condición de Inglaterra»<sup>9</sup> que aquellos *distritos* manufactureros, anónimos y dispersos, que aún más a menudo figuran en los «libros de disturbios» del Ministerio del Interior. Y de ambos se derivó una tradición literaria e histórica. Casi todos los relatos clásicos de los contemporáneos acerca de las condiciones de vida en la Revolución industrial se basan en la industria del algodón; y en su mayoría en el Lancashire: Owen, Gaskell, Ure, Fielden, Cooke, Taylor, Engels, por mencionar a unos pocos. Novelas como *Michael Armstrong* o *Mary Barton* o *Tiempos difíciles*<sup>10</sup> perpetúan la tradición. Y el mismo énfasis se encuentra, de manera notable, en la literatura posterior de historia económica y social.

Pero quedan muchos puntos oscuros. El algodón fue, desde luego, la industria puntera de la Revolución industrial<sup>11</sup> y la fábrica de algodón sirvió de modelo básico para el sistema fabril. Sin embargo, no

<sup>8</sup> Los cartistas recogieron 3.315.752 firmas para su segunda petición de 1842. El Parlamento se negó de nuevo a tomarla en consideración. Este mismo año hubo serias huelgas y motines en el norte de Inglaterra y en las áreas industriales. (N. de la T.)

<sup>9</sup> Se refiere a la larga polémica sobre las condiciones de vida de la población obrera inglesa durante la Revolución industrial. (N. de la T.)

<sup>10</sup> *Michael Armstrong* fue escrita por Throllope, *Mary Barton* por Gaskell y *Tiempos difíciles* es de Dickens (hay varias traducciones al castellano). (N. de la T.)

<sup>11</sup> Para una admirable exposición de las razones de la primacía de la industria del algodón en la Revolución industrial, véase E. J. Hobsbawm, *The Age of Revolution*, 1962, cap. 2. (Hay trad. cast.: *Las revoluciones burguesas*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1976, 2 vols.)



deberíamos dar por sentada cualquier correspondencia automática, o demasiado directa, entre la dinámica del crecimiento económico y la dinámica de la vida social o cultural. Porque medio siglo después del «avance decisivo» de la fábrica de algodón, alrededor de 1780, los trabajadores fabriles seguían siendo una minoría de la fuerza de trabajo adulta en la propia industria del algodón. A principios de la década de 1830, los tejedores manuales del algodón eran todavía, ellos solos, más numerosos que todos los hombres y las mujeres empleados en el hilado y el tejido de las fábricas algodoneras, laneras y sederas reunidas.<sup>12</sup> El hilador adulto no era aún, en 1830, más representativo de aquella figura esquivada, el «obrero medio», de lo que, en la década de 1960, lo es el obrero de la Coventry.<sup>13</sup>

La cuestión es importante, porque el énfasis exagerado en la novedad de las fábricas de los algodoneros puede conducir a una subestimación de la continuidad de las tradiciones políticas y culturales en la formación de las comunidades obreras. Los trabajadores fabriles, lejos de ser los «primogénitos de la Revolución industrial», eran los recién llegados. Muchas de sus ideas y formas de organización habían sido ya adoptadas por los trabajadores a domicilio, como los cardadores de lana de Norwich y el West Country, o los tejedores de cintas de Manchester. Y es discutible si la mano de obra fabril —excepto en los distritos algodoneros— «formó el núcleo del movimiento obrero» antes de los últimos años de la década de 1840; y, en algunas ciudades del norte y las Midlands, los años 1832-1834, que conducen a los grandes cierres patronales. Como hemos visto, el jacobinismo echó raíces muy profundas entre los artesanos. El ludismo fue la obra de obreros cualificados en pequeños talleres. Desde 1817 hasta el cartismo, los trabajadores a domicilio, en el norte y las Midlands, desempeñaron un papel tan destacado como la mano de obra fabril en todas las agitaciones radicales. En muchas ciudades, el núcleo real de donde el movimiento obrero extrajo ideas, organización y líderes estaba constituido por zapateros, tejedores, talabarteros y guarnicioneros, librereros, impresores, obreros de la construcción, pequeños comerciantes y otros por el estilo. El vasto mundo del Londres radical, entre 1815 y 1850, no sacó su fuerza de las principales industrias pesadas —la construcción naval tendía a declinar y los mecánicos no dejarían sentir su influencia hasta más avanzado el siglo—, sino de la multitud de oficios y ocupaciones menores.<sup>14</sup>

<sup>12</sup> Estimación para el Reino Unido de 1833. Total de la fuerza de trabajo adulta en todas las fábricas textiles; 191.671. Número de tejedores manuales; 213.000. Véase más adelante, p.346.

<sup>13</sup> Téngase en cuenta que el libro se publicó por primera vez en 1963. (*N. de la T.*)

<sup>14</sup> Cf. Hobsbawm, *op. cit.*, cap. 2.

Esa diversidad de experiencias ha llevado a algunos autores a poner en duda tanto la noción de una «Revolución industrial» como la de una «clase obrera». No hace falta detenerse en el primer reparo.<sup>15</sup> El término es bastante útil en su connotación habitual. En cuanto al segundo, muchos autores prefieren el término *clases trabajadoras*, que subraya la gran disparidad por lo que hace a posición, adquisiciones, calificaciones y circunstancias, que incluye en su seno aquella híbrida expresión. Y en este sentido se hacen eco de las quejas de Francis Place:

Si el carácter y la conducta de la gente trabajadora han de deducirse a partir de los estudios, revistas, folletos, diarios, informes de las dos Cámaras del Parlamento y de los Comisionados fabriles, les encontraremos a todos mezclados en los «órdenes inferiores»; los trabajadores más cualificados y los más prudentes con los obreros más ignorantes e imprudentes y los mendigos, aunque la diferencia es muy grande y, en realidad, en muchos casos apenas admitirá comparación.<sup>16</sup>

Por supuesto, Place tiene razón: el marinero de Sunderland, el labriego irlandés, el baratillero judío, el asilado de un pueblo de East Anglia obligado a trabajar en una *workhouse*,<sup>17</sup> el cajista de *The Times*; todos podrían ser considerados por sus «superiores» como pertenecientes a las «clases bajas», aunque ni siquiera pudiesen entenderse en el mismo dialecto.

Sin embargo, cuando se han tomado todas las precauciones oportunas, el hecho destacable del período comprendido entre 1790 y 1830 es la formación de «la clase obrera». Esto se revela, primero, en el desarrollo de la conciencia de clase; la conciencia de una identidad de intereses a la vez entre todos esos grupos diversos de población trabajadora y contra los intereses de otras clases. Y, en segundo lugar, en el desarrollo de las formas correspondientes de organización política y laboral. Hacia 1832, había instituciones obreras —sindicatos, sociedades de socorro mutuo, movimientos educativos y religiosos, organizaciones políticas, publicaciones periódicas— sólidamente arraigadas, tradiciones intelectuales obreras, pautas obreras de comportamiento colectivo y una concepción obrera de la sensibilidad.

<sup>15</sup> Hay un resumen de esta controversia en E. E. Lampard, *Industrial Revolution, American Historical Association*, 1957. Véase también Hobsbawm, *op. cit.*, cap. 2.

<sup>16</sup> Citado por M. D. George, *London Life in The Eighteenth Century*, 1930, p. 210.

<sup>17</sup> Edificios públicos irlandeses destinados a emplear y dar cobijo a pobres. Su origen data de mediados del siglo XVII. (*N. de la T.*)

La formación de la clase obrera es un hecho de historia política y cultural tanto como económica. No nació por generación espontánea del sistema fabril. Tampoco debemos pensar en una fuerza externa —la «Revolución industrial»— que opera sobre alguna materia prima de la humanidad, indeterminada y uniforme, y la transforma, finalmente, en una «nueva estirpe de seres». Las relaciones de producción cambiantes y las condiciones de trabajo de la Revolución industrial fueron impuestas, no sobre una materia prima, sino sobre el inglés libre por nacimiento; un inglés libre por nacimiento tal y como Paine lo había legado o los metodistas lo habían moldeado. Y el obrero fabril o el calcetero era también el heredero de Bunyan, de derechos locales no olvidados, de nociones de igualdad ante la ley, de tradiciones artesanas. Era el objeto de un adoctrinamiento religioso a gran escala y el creador de tradiciones políticas. La clase obrera se hizo a sí misma tanto como la hicieron otros.

Considerar a la clase obrera de ese modo es defender una visión «clásica» del período frente a la actitud predominante de las escuelas contemporáneas de historia económica y sociología. Porque el territorio de la Revolución industrial, que fue primero acotado y examinado por Marx, Arnold Toynbee, los Webb y los Hammond, hoy parece un campo de batalla académico. La conocida visión «catastrófica» del período ha sido discutida punto por punto. En lugar de contemplar esa etapa al modo habitual, como de desequilibrio económico, intensa miseria y explotación, represión política y agitación popular heroica, hoy se dirige la atención hacia la tasa de crecimiento económico, así como a las dificultades del «despegue» en la reproducción tecnológica autosostenida. Ahora, el proceso de las *enclosures*<sup>18</sup> importa menos por su rigor en desplazar a los pobres de las aldeas, que por su éxito en alimentar una población que crecía con rapidez. Se considera que los infortunios del período se deben a las convulsiones que trajeron las guerras, a las comunicaciones defectuosas, a la inmadurez bancaria y crediticia, a los mercados inseguros y al ciclo comercial, más que a la explotación o a la competencia salvaje. El malestar popular se ve como resultado de la coincidencia inevitable de los elevados precios del trigo y las depresiones comerciales, y resulta explicable en términos de un cuadro de «tensión social» elemental derivado de esos datos.<sup>19</sup> En general, se sugiere que la situación del obrero industrial en 1840 era, en muchos aspectos,

<sup>18</sup> Proceso de aplicación del principio de propiedad absoluta de la tierra, cuya manifestación externa era el cercado de los campos. (*N. de la T.*)

<sup>19</sup> Véase W. W. Rostow, *British Economy in the Nineteenth Century*, 1948, especialmente las pp. 122-125.

mejor que la del trabajador a domicilio de 1790. La Revolución industrial no sería ya una época de catástrofe o de grave conflicto y opresión de clase, sino de mejora.<sup>20</sup>

La ortodoxia catastrófica clásica ha sido reemplazada por una nueva ortodoxia anticatastrófica, que se distingue de forma muy clara por su prudencia empírica y, entre sus exponentes más notables —sir John Clapham, doctora Dorothy George, profesor Ashton—, por una crítica adusta de la imprecisión de ciertos autores de la vieja escuela. Los estudios de la nueva ortodoxia han enriquecido la erudición histórica y han modificado y revisado el trabajo de la escuela clásica en aspectos importantes. Pero como hoy en día la nueva ortodoxia está, a su vez, envejeciendo y se encuentra atrincherada en la mayoría de los centros académicos, está expuesta, también, al desafío de la crítica. Y los sucesores de los grandes empiristas manifiestan con demasiada frecuencia una complacencia moral, una estrechez de miras y un conocimiento insuficiente de los movimientos reales de la población obrera de la época. Están más enterados de las posturas empíricas ortodoxas que de los cambios en las relaciones sociales y en las formas culturales que provocó la Revolución industrial. Lo que se ha perdido es un sentido de todo el proceso: el contexto político y social global del período. Lo que, en principio, eran aportaciones valiosas se han convertido, a través de imperceptibles etapas, en nuevas generalizaciones que los hechos pocas veces pueden confirmar, y de generalizaciones en actitudes arbitrarias.

La ortodoxia empírica se define a menudo en función de una crítica sistemática de la obra de J. L. y Barbara Hammond. Es cierto que los Hammond eran propensos a moralizar la historia y a organizar en exceso sus materiales desde el punto de vista de la «sensibilidad ofendida».<sup>21</sup> Muchos aspectos de su obra han sido criticados o modificados a la luz de investigaciones posteriores y nosotros pretendemos también señalar otros. Pero una defensa de los Hammond tiene que basarse no sólo en el hecho de que sus volúmenes sobre los trabajadores, con sus copiosas citas y amplia documentación, seguirán siendo una de las fuentes más importantes para estudiar este período, sino también en que a través de su narración nos aproximaron al contexto político en el que tuvo

<sup>20</sup> Algunas de las visiones que aquí se han bosquejado se encuentran, de forma implícita o explícita, en T.S. Ashton, *Industrial Revolution*, 1948 (hay una traducción castellana en F.C. E, México) y A. Radford, *The Economic History of England*, 2.a edición, 1960. Una variante sociológica es desarrollada por N.J. Smelser, *Social Change in the Industrial Revolution*, 1959, y una confusa popularización se encuentra en John Vaizey, *Success Story*, WEA, sin fecha.

<sup>21</sup> Véase E. E. Lampard, *op. cit.*, p. 7.

lugar la Revolución industrial. Para un investigador que examina los libros contables de una fábrica de algodón, las guerras napoleónicas sólo aparecen como una influencia anormal que afecta los mercados exteriores y que hace fluctuar la demanda. Los Hammond no habrían olvidado, ni por un momento, que también fue una guerra contra el jacobinismo. «La historia de Inglaterra en la época de la que se ocupan estas páginas aparece como una historia de guerra civil.» Este es el comienzo del capítulo introductorio de *The Skilled Labourer*. Y en la conclusión a *The Town Labourer*, entre otros comentarios más mediocres, hay una perspicacia que realza con imprevista claridad todo el período:

En la época en que media Europa estaba embriagada y la otra media aterrorizada por la nueva magia de la palabra ciudadano, la nación inglesa estaba en manos de hombres que contemplaban la idea de la ciudadanía como un desafío a su religión y su civilización; que pretendían convertir deliberadamente las desigualdades de la vida en la base del Estado y acentuar y perpetuar la posición de los obreros como una clase sometida. De ahí el hecho de que la Revolución francesa haya dividido menos al pueblo francés de lo que la Revolución industrial ha dividido al pueblo de Inglaterra.

Ese «De ahí el hecho» se puede poner en duda. Y sin embargo, es en esa intuición — que la revolución que *no* tuvo lugar en Inglaterra fue tan completamente devastadora y en algunos aspectos más lacerante que la que tuvo lugar en Francia— donde encontramos una clave para la naturaleza verdaderamente catastrófica del período. En toda esa época hay tres grandes influencias, y no dos, que actúan simultáneamente. Está el tremendo crecimiento demográfico: en Gran Bretaña, de 10,5 millones en 1801 a 18,1 millones en 1841, con el mayor índice de crecimiento entre 1811-1821. Está la Revolución industrial en sus aspectos tecnológicos. Y está la *contra*-revolución política de 1792 a 1832.

Al final, tanto el contexto político como la máquina de vapor tuvieron una influencia determinante sobre la conciencia y las instituciones de la clase obrera que estaban en proceso de configuración. Las fuerzas que contribuían a la reforma política a finales del siglo XVIII —Wilkes, los negociantes de la *City*, la pequeña *gentry* de Middlesex, la «muchedumbre»; o Wyvill y la pequeña *gentry* y *yeomen*, los pañeros, los cuchilleros y los artesanos— estuvieron en vísperas de conseguir al menos algunas victorias aisladas en la década de 1790: a Pitt le correspondió el papel de primer ministro reformista. Si los hechos hubieran seguido su curso «natural», hubiera sido lógico esperar algún conflicto, mucho antes de 1832, entre la oligarquía agraria y comercial y los fabricantes y la pequeña

*gentry*, con la clase obrera a remolque de la agitación de la clase media. E incluso en 1792, cuando los industriales y los profesionales liberales destacaban en el movimiento de reforma, el equilibrio de fuerzas aún era ése. Pero después del triunfo de *Los derechos del hombre*, la radicalización y el terror de la Revolución francesa, y la arremetida de la represión de Pitt, sólo la plebeya Sociedad de Correspondencia se mantuvo firme contra las guerras contrarrevolucionarias. Esos grupos plebeyos, a pesar de lo pequeños que eran en 1796, formaron una tradición «subterránea» que actuó hasta el fin de las guerras. La aristocracia y los fabricantes, alarmados por el ejemplo francés y en el fervor patriótico de la guerra, hicieron causa común. El *ancien régime* inglés recobró su vigor, no sólo en los asuntos nacionales, sino también en la perpetuación de las antiguas corporaciones municipales que administraban mal las abultadas poblaciones industriales. Los fabricantes recibieron a cambio importantes concesiones y señaladamente la derogación o revocación de la legislación «paternalista» que protegía el aprendizaje, la regulación de los salarios o las condiciones de trabajo en la industria. La aristocracia estaba interesada en reprimir las «conspiraciones» jacobinas del pueblo, los fabricantes estaban interesados en frustrar sus «conspiraciones» para aumentar los salarios: las *Combination Acts* servían para ambos propósitos.

De ese modo, los obreros se vieron abocados al *apartheid* político y social durante las guerras, en las que, en parte, también tuvieron que combatir. Es cierto que eso no era completamente nuevo. Lo que era nuevo era que coincidiese con una Revolución francesa; con una conciencia creciente de la propia identidad y unas aspiraciones más amplias — se había plantado el «árbol de la libertad» desde el Támesis al Tyne —; con un aumento demográfico, en el que la pura sensación de cantidad, en Londres y en los distritos industriales, se volvió más impresionante de año en año — y a medida que crecían en cantidad, probablemente disminuía el respeto hacia el patrono, el magistrado o el párroco —; y con unas formas de explotación económica más intensas y transparentes. Más intensivas en la agricultura y en las viejas industrias domésticas, más transparentes en las nuevas fábricas y quizá en las minas. En la agricultura, los años comprendidos entre 1760 y 1820 son los años de la generalización de las *enclosures*, durante los cuales se pierden los derechos comunales, pueblo tras pueblo, y al que no tiene tierra y — en el sur — al trabajador empobrecido no le queda más remedio que sustentar a los arrendatarios, los terratenientes y los diezmos de la Iglesia. En las industrias domésticas, desde 1800 en adelante, se consolida la tendencia de que los menestrales dejen paso a los patronos más grandes — ya sean fabricantes o intermediarios — y

de que la mayoría de los tejedores, calceteros o los que hacían clavos se convirtiesen en trabajadores a domicilio asalariados con un empleo más o menos precario. Estos son los años del empleo de niños —y de mujeres, de forma clandestina— en las fábricas y en muchas áreas mineras; y la empresa a gran escala, el sistema fabril con su nueva disciplina, las comunidades de las fábricas —donde el fabricante no sólo se enriquecía con el trabajo de la «mano de obra», sino que se podía *ver* cómo se enriquecía en una generación—, todo contribuía a la transparencia del proceso de explotación y a la cohesión social y cultural de los explotados.

Podemos ver ahora algo de la naturaleza verdaderamente catastrófica de la Revolución industrial, así como algunas de las razones por las cuales en esos años se conformó la clase obrera inglesa. El pueblo estaba sometido, a la vez, a una intensificación de dos tipos de relaciones intolerables: las de explotación económica y las de opresión política. Las relaciones entre patrón y obrero se volvían más estrictas y menos personales; y aunque es cierto que eso aumentaba la libertad potencial del trabajador, puesto que el jornalero agrícola o el oficial en la industria doméstica estaba, en palabras de Toynbee, «situado a medio camino entre la condición del siervo y la condición del ciudadano», esa «libertad» hacía que percibiese con más claridad su *no* libertad. Pero en cada uno de los aspectos que buscase para resistir la explotación, se enfrentaba con las fuerzas del patrono o del Estado, y normalmente con las dos.

La mayor parte de los trabajadores sintió la crucial experiencia de la Revolución industrial en términos de cambio en la naturaleza y la intensidad de la explotación. Esta no es una idea anacrónica extraída abusivamente de la documentación. Podemos describir algunas partes del proceso de explotación tal como las veía un notable operario de la industria del algodón en 1818, el año en que nació Marx. El relato —una declaración dirigida al público de Manchester, que estaba al borde de la huelga, firmada por «Un Oficial Hilandero de Algodón»— comienza describiendo a los patronos y a los obreros como «dos clases distintas de personas»:

En primer lugar, pues, por lo que se refiere a los patronos: con muy pocas excepciones, son un grupo de hombres que han surgido del negocio del algodón sin educación ni preparación, excepto la que hayan podido adquirir, gracias a su relación con el pequeño mundo de comerciantes en la lonja de Manchester; pero para contrarrestar ese defecto, dan unas apariencias, gracias a un ostentoso despliegue de mansiones elegantes, ajuares, libreas, parques, caballos, perros de caza, etc., que se cuidan de exhibir ante el comerciante extranjero de la forma más fastuosa. Por supuesto, sus casas son elegantes palacios que superan con mucho, en volumen y extensión, las residencias refinadas y fascinantes

que se pueden ver en los alrededores de Londres (...) pero el observador puro de las bellezas de la naturaleza y el arte combinados advertirá en ellas una deplorable falta de gusto. Educan a sus familias en las escuelas más caras, decididos a dar a su descendencia una doble ración de lo que a ellos les falta. Así, sin que apenas haya en sus cabezas una segunda intención, son materialmente pequeños monarcas, absolutos y despóticos en sus distritos particulares; y para que todo eso se mantenga, ocupan todo su tiempo en maquinan cómo obtener la mayor cantidad de trabajo a cambio del menor gasto (...) En resumen, me atreveré a decir, sin miedo a la contradicción, que se observa una mayor distancia entre el amo y el hilandero aquí, de la que hay entre el mayor comerciante de Londres y su último criado o el más humilde artesano. Desde luego no se puede comparar. Sé que es un hecho que la mayor parte de los patronos de hilanderos desean mantener bajos los salarios con el propósito de mantener a los hilanderos indigentes y sin ánimos (...) así como con el propósito de llevarse el beneficio a sus bolsillos.

Los patronos de hilanderos son una clase de hombres distinta de todos los demás maestros artesanos del reino. Son ignorantes, orgullosos y tiránicos. ¿Cómo deben ser los hombres, o mejor dicho los seres, que son los instrumentos de tales amos? Porque, durante años y años, han sido, con sus esposas y sus hijos, la paciencia personificada, esclavos y esclavas para sus crueles amos. Es inútil ofender nuestro sentido común con la observación de que aquellos hombres son libres; de que la ley protege por igual a los ricos y a los pobres, y que un hilandero puede abandonar a su amo si no le gustan los salarios que paga. Es cierto, puede, pero, ¿dónde debe ir?; por supuesto, a otro amo. De acuerdo, va. Le preguntan dónde trabajó antes: «¿Te despidieron?» No, no nos poníamos de acuerdo acerca de los salarios. Bueno, no puedo darte empleo a ti ni a nadie que deje a su amo por este motivo. ¿Por qué ocurre esto? Porque existe un abominable *pacto vigente entre los amos*, que se estableció por primera vez en Stockport, en 1802, y desde entonces se ha generalizado tanto, que abarca a todos los grandes amos en un área de muchas millas alrededor de Manchester, aunque no a los pequeños patronos: éstos están excluidos. En opinión de los grandes, son los seres más detestables que se puedan imaginar (...) Cuando se estableció el pacto, uno de sus primeros artículos fue que ningún amo debía emplear a un hombre hasta que hubiese averiguado si su último patrono le había despedido. ¿Qué debe hacer entonces el hombre? Si va a la parroquia, que es la tumba de toda independencia, le dicen: «No podemos ayudarte, si riñes con tu amo te mandaremos a prisión, y no vamos a mantener a tu familia»; de modo que el hombre se ve obligado, debido a una combinación de circunstancias, a someterse a su amo. No puede viajar y encontrar trabajo en cualquier ciudad como zapatero, ensamblador o sastre, está confinado en el distrito.

En general, los obreros son un grupo inofensivo de hombres instruidos y sin pretensiones, aunque es casi un misterio para mí el cómo adquieren esa instrucción. Son dóciles y tratables, si no se les irrita demasiado; pero esto no es sorprendente, sí tenemos en cuenta que están acostumbrados a trabajar, a partir de los seis años, desde las cinco de la mañana hasta las ocho y las nueve de la noche. Dejad que uno de los defensores de la obediencia al amo se aposte en la avenida



que conduce a una fábrica, un poco antes de las cinco de la mañana, y que observe el aspecto miserable de los pequeñuelos y de sus padres, arrancados de sus camas a una hora tan temprana y en todo tipo de tiempo; dejadle que examine la miserable ración de comida, compuesta básicamente de gachas y torta de avena troceada, un poco de sal y a veces coloreado con un poco de leche, junto con unas pocas patatas y un trocito de tocino o manteca para comer; ¿comería esto un trabajador manual de Londres? En la fábrica están encerrados hasta la noche —si llegan algunos minutos tarde, se les descuenta una cuarta parte del salario— en estancias con una temperatura más elevada que la de los días más calurosos de este verano, y no se les deja tiempo en todo el día, excepto tres cuartos de hora para comer: cualquier otra cosa que coman en otro momento la deben ingerir mientras trabajan. El esclavo negro que trabaja en las Indias Occidentales, cuando trabaja bajo un sol abrasador, tiene probablemente una pequeña brisa, de vez en cuando, para airearse; tiene un trozo de tierra y un tiempo permitido para cultivarlo. El esclavo hilandero inglés no disfruta de un espacio abierto ni de las brisas del cielo. Encerrado en fábricas de ocho pisos de altura, no tiene descanso hasta que el pesado motor se detiene, y entonces se va a su casa a recuperarse para el día siguiente; no hay tiempo para mantener una agradable relación con su familia; todos están igual de fatigados y agotados. No se trata de una imagen exagerada, es literalmente cierto. Yo pregunto de nuevo, ¿se someterían a esto los trabajadores manuales del sur de Inglaterra?

Cuando la hilatura del algodón estaba en sus inicios, y antes de que se utilizaran esas terribles máquinas, llamadas máquinas de vapor, destinadas a suplir la necesidad de trabajo humano, había gran número de lo que luego se llamaron *pequeños patronos*; hombres que con un pequeño capital se podían procurar unas pocas máquinas y emplear a unos pocos trabajadores, hombres y muchachos —es decir, de veinte a treinta años—, el producto de cuyo trabajo se llevaba todo al mercado central de Manchester y se ponía en manos de los agentes de negocios (...). Los agentes lo vendían a los comerciantes, gracias a los cuales el patrono de hilanderos podía seguir trabajando en su casa y ocuparse de sus trabajadores. En aquellos días, el algodón en rama siempre se distribuía en pacas a las esposas de los hilanderos en casa, donde lo calentaban y lo limpiaban a punto para los hilanderos de la fábrica. Con ello podían ganar 8, 10 o 12 chelines a la semana, y cocinar y atender a sus familias. Pero ahora nadie tiene ese trabajo, porque todo el algodón se desmenuza con una máquina, accionada por la máquina de vapor, que se llama diablo; de modo que las esposas de los hilanderos no tienen trabajo, a no ser que vayan a trabajar todo el día en la fábrica en lo que pueden realizar niños a cambio de unos pocos chelines, cuatro o cinco por semana. En aquel momento, si un hombre no se ponía de acuerdo con su amo, le dejaba y podía emplearse en cualquier otro sitio. Sin embargo, hace pocos años cambió el cariz de las cosas. Se empezaron a utilizar las máquinas de vapor y se requería un gran capital para comprarlas y para construir edificios suficientemente grandes para que cupiesen aquéllas y seiscientos o setecientos trabajadores. La máquina producía artículos más vendibles, aunque no mejores, que los que podía hacer el pequeño patrón por el mismo precio. El resultado fue su ruina

en poco tiempo; y los prósperos capitalistas triunfaron con su caída, puesto que aquéllos eran el único obstáculo que quedaba entre ellos y el absoluto control de los obreros.

Luego surgieron diversas disputas entre los obreros y los patronos con respecto a la pulcritud del trabajo, puesto que los obreros cobraban de acuerdo con el número de madejas o yardas de hebra que producían a partir de una cantidad de algodón dada, que siempre debía ser verificada por el supervisor, cuyo interés le obligaba a inclinarse en favor del patrono y a considerar el material como más burdo de lo que era. Si el obrero no se sometía *debía emplazar a su patrón ante un magistrado*; el conjunto de magistrados en activo de aquel distrito, con la excepción de dos honestos clérigos, eran caballeros cuyo origen era el mismo que el de los patronos de hilanderos del algodón. El patrono, en general, se contentaba con enviar a su supervisor para que respondiese a cualquiera de esos requerimientos, considerando que situarse frente a frente con su sirviente era rebajarse. La decisión del magistrado era, por lo general, favorable al patrono, aunque sólo se basaba en la declaración del supervisor. El obrero no se atrevía a apelar a los tribunales a causa del gasto (...)

Estos males que se infligen a los hombres han surgido de aquel terrible monopolio que existe en aquellos distritos, en donde la riqueza y el poder están en manos de unos pocos, qué, con la arrogancia en sus corazones, se creen los señores del universo.<sup>22</sup>

Esta lectura de los hechos, en su lógica notable, es una manifestación *ex parte* tanto como lo es la «economía política» de lord Brougham. Pero el «Oficial Hiladero de Algodón» describía hechos de una clase diferente. No es necesario que nos preocupemos por la solidez de todas sus afirmaciones. Lo que hace esta declaración es especificar, una detrás de otra, las injusticias que los obreros sentían como cambios en el carácter de la explotación capitalista: la ascensión de una clase de patronos que no tenía autoridad tradicional ni obligaciones; la creciente distancia entre el patrono y el hombre; la transparencia de la explotación en el origen de su nueva riqueza y poder; el empeoramiento de la condición del trabajador y sobre todo su pérdida de independencia, su reducción a la dependencia total con respecto a los instrumentos de producción del patrono; la parcialidad de la ley; la descomposición de la economía familiar tradicional; la disciplina, la monotonía, las horas y las condiciones de trabajo; la pérdida de tiempo libre y de distracciones; la reducción del hombre a la categoría de un «instrumento».

El hecho de que los obreros sintiesen esas injusticias de alguna manera —y que las sintiesen de forma apasionada— es suficiente en sí mismo para merecer nuestra atención. Y nos recuerda, a la fuerza, que algunos de los conflictos más ásperos de aquellos años

<sup>22</sup> *Black Dwarf* (30 de septiembre de 1818).

versaron sobre temas que no están englobados por los baremos del coste de la vida. Los temas que provocaron la mayor intensidad de sentimiento fueron aquellos en los que estaban en litigio valores como las costumbres tradicionales, «justicia», «independencia», seguridad o economía familiar, más que los simples temas de «pan y mantequilla». Los primeros años de la década de 1830 están encendidos por agitaciones que versaban sobre temas en los que los salarios tenían una importancia secundaria: los alfareros contra el *Truck System*;<sup>23</sup> los trabajadores de la industria textil en favor del proyecto de ley de las diez horas; los obreros de la construcción, en favor de la acción directa cooperativa; todos los trabajadores en favor del derecho a afiliarse a las *trade unions*. La gran huelga de la cuenca minera del noreste, en 1831, se hizo por la seguridad de empleo, los *tommy shops*<sup>24</sup> y el trabajo de los niños.

La relación de explotación es más que la suma de injusticias y antagonismos mutuos. Es una relación que puede verse que adopta formas distintas en contextos históricos diferentes, formas que están en relación con las formas correspondientes de propiedad y poder del Estado. La relación de explotación clásica de la Revolución industrial es despersonalizada, en el sentido de que no se admiten obligaciones durables de reciprocidad: de paternalismo o deferencia, o de intereses del «Oficio». No hay indicios del precio «justo» o de un salario justificado en relación a las sanciones sociales o morales, como algo opuesto a la actuación de las fuerzas del libre mercado. El antagonismo se acepta como intrínseco a las relaciones de producción. Las funciones de dirección o supervisión exigen la represión de todos los atributos excepto aquellos que promueven la expropiación del máximo valor excedente del trabajo. Esta es la economía política que Marx analizaba minuciosamente en *El capital*. El trabajador se ha convertido en un «instrumento» o una entrada entre las demás partidas del coste.

De hecho, ninguna empresa industrial compleja se podría dirigir con esa filosofía. La necesidad de paz industrial, de una fuerza de trabajo estable y de un cuerpo de trabajadores cualificados y con experiencia exigía la modificación de las técnicas de dirección —y, por supuesto, el desarrollo de nuevas formas de paternalismo— en las fábricas de los algodoneros hacia la década de 1830. Pero en las industrias que tenían un exceso de trabajo externo, donde siempre había una cantidad suficiente de «mano de obra» desorganizada que competía por el empleo, esas consideraciones no afectaban. Ahí, dado

<sup>23</sup> Sistema de pago de salarios en vales intercambiables por productos, en lugar de dinero. (*N. de la T.*)

<sup>24</sup> Almacenes en los que pueden cambiarse los vales que obtienen los trabajadores, en lugar de dinero, por productos. (*N. de la T.*)

que las viejas costumbres se habían erosionado y se había desechado el viejo paternalismo, la relación de explotación surgía omnipotente.

Eso no significa que podamos echar la «culpa» de cada una de las penurias de la Revolución industrial a «los patronos» o al *laissez faire*. El proceso de industrialización debe acarrear sufrimiento, en cualquier contexto social que podamos concebir, y la destrucción de las formas de vida más antiguas y apreciadas. Muchas investigaciones recientes han arrojado luz sobre las dificultades particulares de la experiencia británica: los riesgos de los mercados, las múltiples consecuencias comerciales y financieras de las guerras, la deflación de la posguerra, los movimientos en la relación real de intercambio y las presiones resultantes de la «explosión» demográfica. Además, las preocupaciones del siglo xx nos han hecho tener conciencia de la magnitud de los problemas del crecimiento económico. Se puede argüir que Gran Bretaña, en la Revolución industrial, se tropezó con los problemas del «despegue»: la fuerte inversión a largo plazo —canales, fábricas, vías férreas, fundiciones, minas, infraestructura— se hizo a costa del consumo cotidiano; las generaciones de trabajadores situadas entre 1790 y 1840 sacrificaron al futuro parte de, o todas, sus perspectivas de aumento del consumo.<sup>25</sup>

Todos estos argumentos merecen una atención cuidadosa. Por ejemplo, los estudios de la fluctuación de la demanda del mercado sudamericano o la crisis bancaria en el país, nos pueden decir mucho acerca de las razones del crecimiento o retraso de industrias determinadas. La crítica que se hace a la ortodoxia académica predominante no se dirige a los estudios empíricos *per se*, sino a la fragmentación de nuestra comprensión del proceso histórico completo. En primer lugar, el empirista separa determinados hechos de este proceso y los examina de forma aislada. Como se dan por sentadas las condiciones que dan lugar a los hechos, éstos aparecen no sólo como explicables en sus propios términos, sino como inevitables. Las guerras se debían pagar con una fuerte imposición fiscal; aceleraron el crecimiento de ese modo y lo retrasaron en aquel otro. Dado que esto se puede demostrar, implica que *necesariamente* fue así. Pero miles de ciudadanos ingleses de la época estaban de acuerdo con la condena que Thomas Bewick hacía de «esta guerra extremadamente malvada».<sup>26</sup> El peso desigual de los impuestos, los inversores en deuda pública que sacaban beneficios de la deuda nacional, el papel moneda, no eran aceptados por muchos contemporáneos como datos dados, sino que eran el punto central de una agitación radical intensiva.

<sup>25</sup> Véase S. Pollard, «Investment, Consumption, and the Industrial Revolution», *Econ. Hist. Review*, 2.ª serie, XI (1958), pp. 215-226.

<sup>26</sup> T. Bewick, *Memoir*, edición de 1961, p. 151.

Pero hay un segundo nivel en el que el empirista puede volver a juntar de nuevo todos esos estudios fragmentarios, construyendo un modelo del proceso histórico compuesto de una multiplicidad de elementos inevitables entrelazados, una sucesión fragmentaria. Cuando examinamos las facilidades de crédito o la relación real de intercambio, en las que cada hecho es explicable y además aparece como una causa, suficiente en sí misma, de otros hechos, llegamos a un determinismo *post facto*. Se pierde la dimensión de la intervención humana y se olvida el contexto de las relaciones de clase.

Es absolutamente cierto que existía aquello que señala el empirista. Las Ordenes Reales llevaron, en 1811, a ciertos oficios a la casi paralización; los precios crecientes de la madera, después de las guerras, aumentaron excesivamente los costes de la construcción; un cambio pasajero en la moda —encaje en vez de cinta— podía silenciar los telares de Coventry; el telar mecánico competía con el telar manual. Pero incluso estos hechos evidentes, con sus limpias credenciales, merecen ser cuestionados. ¿Consejo de quién, y por qué las Órdenes? ¿Quién sacaría más beneficio del acaparamiento con la escasez de madera? ¿Por qué deberían permanecer ociosos los telares, si decenas de miles de muchachas del país suspiraban por las cintas, pero no se podían permitir comprarlas? ¿Por medio de qué alquimia social se convertían los inventos para ahorrar trabajo en máquinas de empobrecimiento? El hecho en sí —una mala cosecha— parece estar más allá de la elección humana, pero el modo en que aquel hecho operaba tenía que ver con las condiciones de un complejo particular de relaciones humanas: ley, propiedad, poder. Cuando nos tropezamos con alguna frase sonora como ésta: «el intenso flujo y reflujo del ciclo del comercio», debemos ponernos en guardia. Porque detrás de este ciclo del comercio hay una estructura de relaciones sociales, que fomenta algunas clases de expropiación —renta, interés y beneficio— y proscribire otras —el robo, derechos feudales—, que legitima algunos tipos de conflicto —la competencia, la guerra armada— e inhibe otros —el *trade unionism*, los motines de subsistencia, las organizaciones políticas populares—; una estructura que, a los ojos del futuro, puede parecer a la vez bárbara y efímera.

Plantear esas amplias preguntas podría ser innecesario, puesto que el historiador no puede estar cuestionando siempre las credenciales de la sociedad que estudia. Pero, de hecho, todas esas preguntas fueron planteadas por los contemporáneos; no sólo por hombres de las clases más elevadas —Shelley, Cobbett, Owen, Peacock, Thompson, Hodgskin, Carlyle—, sino por miles de obreros organizados. Sus portavoces pusieron en cuestión no sólo las instituciones políticas, sino la estructura social y económica del

capitalismo industrial. Opusieron sus propios hechos y sus propios cálculos a los hechos que presentaba la economía política ortodoxa. Así, en fecha tan temprana como 1817, los tejedores de punto de Leicester propusieron, en una serie de resoluciones, una teoría del subconsumo de las crisis capitalistas:

Que el consumo de nuestros fabricantes se debe reducir en la misma proporción en que la reducción de los salarios hace a la gran mayoría del pueblo pobre y desgraciado.

Que si, en general, se dieran salarios abundantes a los trabajadores manuales de todo el país, el consumo interior de nuestras manufacturas sería, de inmediato, más del doble, y en consecuencia todo trabajador encontraría empleo pronto.

Que reducir el salario del trabajador manual en este país a un nivel tan bajo que no puede vivir de su trabajo, para vender manufacturas extranjeras a un precio inferior en un mercado extranjero, es ganar un cliente fuera y perder dos en el país.<sup>27</sup>

Si los que tienen empleo trabajaran menos horas, y si se restringiera el trabajo de los niños, habría más trabajo para los trabajadores manuales y los desempleados podrían trabajar por su cuenta y cambiar los productos de su trabajo de forma directa, substrayéndose a los caprichos del mercado capitalista; las mercancías serían más baratas y el trabajo estaría mejor remunerado. Oponían, a la retórica del libre mercado, el lenguaje del «nuevo orden moral». El hecho de que el historiador sienta, todavía hoy, la necesidad de tomar partido se debe a que, entre 1815 y 1850, se enfrentaban puntos de vista alternativos e irreconciliables respecto del orden humano.

Apenas es posible escribir la historia de la agitación popular durante esos años, a no ser que hagamos, al menos, el esfuerzo imaginativo de entender cómo interpretaba la realidad un hombre como el «Oficial Hilandero de Algodón». Él hablaba de los «patronos», no como un agregado de individuos, sino como una clase. Como clase, «ellos» le denegaban sus derechos políticos. Si había una recesión comercial, «ellos» recortaban sus salarios. Si el comercio mejoraba, tenía que luchar contra «ellos» y su Estado para obtener cualquier porción de la mejora. Si la comida era abundante, «ellos» sacaban beneficio. Si era escasa, algunos de «ellos» sacaban más beneficio. «Ellos» conspiraban, no sobre este o aquel hecho aislado, sino sobre la relación esencial de explotación, dentro de la cual todos los hechos tenían validez. Verdaderamente había

<sup>27</sup> H. 0.42.160. Ver también Hammond, *The Town Labourer*, p. 303, y el testimonio de Oastler sobre los tejedores manuales, más abajo, p. 329.

fluctuaciones de mercado, malas cosechas y todo lo demás; pero, mientras que la experiencia de la explotación intensificada era constante, las causas de las penurias eran variables. Éstas afectaban a la población obrera, no de forma directa, sino a través de la refracción de un sistema particular de propiedad y poder que distribuía las ganancias y las pérdidas con una gran parcialidad.

Estas consideraciones más amplias han estado recubiertas, durante algunos años, por el ejercicio académico conocido como la «controversia acerca del nivel de vida», por la cual los estudiantes pasan y vuelven a pasar. ¿Aumentó o disminuyó el nivel de vida del grueso de la población entre 1780 y 1830, o entre 1800 y 1850?<sup>28</sup> Para entender el significado de la discusión, debemos repasar brevemente su desarrollo.

El debate sobre los valores es tan viejo como la Revolución industrial. La controversia acerca del nivel de vida es más reciente. La *confusión* ideológica es todavía más reciente. Podemos empezar por uno de los puntos más lúcidos de la controversia. Sir John Clapham escribió en su prefacio a la primera edición de su *Economic History of Modern Britain*, en 1926:

La leyenda de que todo empeoró para el obrero, a partir de una fecha no especificada que se sitúa entre la preparación de la Carta del Pueblo y la Gran Exposición [1837 y 1851: E. P.T.], es dura de pelar. El hecho de que, después de la caída de los precios de 1820-1821, el poder adquisitivo de los salarios en general —por supuesto, no de todos los salarios— fuera claramente mayor de lo que había sido antes de las guerras revolucionarias y napoleónicas, encaja tan mal con la tradición que pocas veces se menciona; los historiadores sociales ignoran constantemente el trabajo de los estadísticos acerca de los salarios y los precios.

J. L. Hammond dio, en la *Economic History Review* (1930), una respuesta de dos tipos: en primer lugar, criticó las estadísticas de ingresos agrícolas que utilizaba Clapham. Éstas se basaban en la suma de los promedios del país, y luego su división por el número de condados, para llegar a un promedio nacional; como sea que la población con bajo nivel de salarios de los condados del sur era más numerosa que la de los condados con altos niveles salariales —en los que los ingresos de la agricultura se hinchaban por la proximidad de la industria—, Hammond pudo demostrar que el «promedio nacional» ocultaba el hecho de que el sesenta por ciento de la población trabajadora se encontraba en condados donde los

<sup>28</sup> La inutilidad de una parte de esta discusión se demuestra por el hecho de que tomando distintos grupos de datos puede llegarse a diferentes respuestas. Los del período 1780-1830 favorecen la visión de los «pesimistas»; los de 1800-1850 favorecen la de los «optimistas».

salarios estaban por debajo de la cifra «promedio». La segunda parte de su respuesta consistió en una desviación hacia las discusiones de valor —felicidad— en su forma más nebulosa e insatisfactoria. Clapham aceptó la primera parte de esta respuesta, en el prefacio a la segunda edición de su libro (1930); refutó la segunda parte con una seca prudencia («un rodeo en palabras», «asuntos más importantes») pero, sin embargo, reconoció: «Estoy profundamente de acuerdo (...) en que las estadísticas sobre bienestar material nunca pueden medir la felicidad de la población.» Además, afirmaba que cuando había criticado el punto de vista de que «todo empeoró», «no quería decir que todo mejorase. Sólo quería decir que los historiadores actuales han subrayado demasiado a menudo (...) los empeoramientos y omitido o ignorado las mejoras.» Los Hammond, por su parte, en una posterior revisión de *The Bleak Age*, edición de 1947, hicieron las paces: «Los estadísticos nos dicen que (...) están convencidos de que los salarios aumentaron y de que la mayoría de los hombres y mujeres eran menos pobres cuando ese descontento hacía ruido y estaba activo, que cuando el siglo XVIII empezaba a envejecer en un silencio de otoño. Los datos, por supuesto, son insuficientes y su significado no es muy sencillo, pero esta visión general es más o menos correcta.» La explicación al descontento «se debe buscar fuera de la esfera de las condiciones estrictamente económicas».

Hasta aquí, bien. Los historiadores sociales del período, más fecundos —pero menos consistentes—, se han tropezado con la severa crítica de un notable empirista; y finalmente ambas partes han cedido terreno. Y a pesar del acaloramiento que más tarde se ha generado, la divergencia real entre las firmes conclusiones económicas de los protagonistas es insignificante. En la actualidad, si bien ningún investigador serio está dispuesto a sostener que todo iba peor, tampoco ninguno que lo sea sostendrá que todo iba mejor. Tanto el doctor Hobsbawm —un «pesimista»— como el profesor Ashton —un «optimista»— coinciden en que los salarios reales disminuyeron durante las guerras napoleónicas y sus consecuencias inmediatas. El doctor Hobsbawm no afirma que haya con seguridad un aumento notable del nivel de vida hasta mediados de la década de 1840; mientras que el profesor Ashton observa un clima económico «más benigno» después de 1821, un «acusado movimiento hacia arriba sólo interrumpido por los retrocesos de 1825-1826 y 1831»; y en vista de las crecientes importaciones de té, café, azúcar, etc., «es difícil creer que los obreros no participaron de la ganancia». Por otra parte, su propia lista de precios de los distritos de Oldham y Manchester muestra que «en 1831 la dieta normal de los pobres apenas podía costar mucho menos que en



1791», aunque no ofrece ninguna tabla de salarios correspondiente. Su conclusión consiste en sugerir la existencia de dos grupos principales dentro de la clase obrera: «una amplia clase situada muy por encima del nivel de la mera subsistencia» y «masas de trabajadores no cualificados o poco cualificados — obreros agrícolas empleados de manera estacional y tejedores manuales, en particular — cuyos ingresos quedaban casi por completo absorbidos con el pago de las escuetas necesidades de subsistencia». «Mi *suposición* sería que el número de los que podían compartir los beneficios del progreso económico era mayor que el número de los que estaban excluidos de esos beneficios y que aquél crecía constantemente.»<sup>29</sup>

De hecho, por lo que se refiere al período 1790-1830, hay muy pocas mejoras. La situación de la mayoría era mala en 1790, y siguió siendo mala en 1830 — y 40 años son mucho tiempo —, pero existe algún desacuerdo en cuanto al tamaño de los grupos relativos dentro de la clase obrera. En la década siguiente el asunto no está mucho más claro. Sin duda, los salarios reales aumentaron entre los obreros organizados, durante el estallido de actividad de las *trade unions*, entre 1832 y 1834; pero el período de buenos negocios, entre 1833 y 1837, estuvo acompañado por la destrucción de las *trade unions* mediante los esfuerzos conjugados del gobierno, los magistrados y los patronos; mientras que los años 1837-1842 son de depresión. De modo que, ciertamente, en «alguna fecha no especificada que se sitúa entre la preparación de la Carta del Pueblo y la Gran Exposición» la marcha de los acontecimientos empieza a cambiar; digamos, con el *boom* del ferrocarril en 1843. Por otra parte, incluso a mediados de la década de los cuarenta la situación de grupos muy grandes de obreros continúa siendo desesperada, en tanto que la quiebra del ferrocarril condujo a los años de depresión de 1847-1848. Esto no se parece mucho a la «historia de un triunfo»; durante medio siglo del más pleno desarrollo del industrialismo, el nivel de vida todavía se mantenía — para grupos muy grandes aunque indeterminados de población — en el límite de subsistencia.

Sin embargo, esta no es la impresión que se da en muchas obras contemporáneas. Ya que, del mismo modo que una generación anterior de historiadores, que también eran reformadores sociales — Thorold Rogers, Arnold Toynbee, los Hammond —, dejaban que su solidaridad con los pobres les condujera en ocasiones

<sup>29</sup> La cursiva es mía. T. S. Ashton, «The Standard of Life of the Workers in England, 1790-1830», en *Capitalism and the Historians*, compilado por F.A. Hayek, pp. 127 y siguientes; E. J. Hobsbawm, «The British Standard of Living, 1790-1850», *Economic History Review*, x (agosto 1957). (De este último hay trad. cast: «El nivel de vida en Gran Bretaña entre 1790 y 1850», en *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 84-121.)

a una confusión de la historia con la ideología, hoy encontramos que la solidaridad de algunos historiadores de la economía hacia el patrón capitalista les ha conducido a una confusión de la historia con las disculpas.<sup>30</sup> El punto de transición estuvo marcado por la publicación, en 1954, de un simposio sobre *Capitalism and the Historians*, compilado por el profesor F. A. Hayek, que era el trabajo de un grupo de especialistas «que durante algunos años se han venido reuniendo con regularidad para tratar los problemas de la salvaguardia de una sociedad libre contra la amenaza totalitaria». Puesto que este grupo de especialistas internacionales consideraba que «una sociedad libre» era, por definición, una sociedad capitalista, los resultados de una mezcla tal de teoría económica y argumentos falaces fueron deplorables; y no lo fueron menos en la obra de uno de los colaboradores, el profesor Ashton, cuyos prudentes descubrimientos de 1949 se han trasmutado ahora —sin nuevos datos— en la categórica afirmación de que «en general, hoy día se reconoce que, para la mayoría, el aumento de los salarios reales fue substancial».<sup>31</sup> En este punto la controversia degeneró en una confusión. Y a pesar de los intentos más recientes de rescatarla para la investigación,<sup>32</sup> la controversia sigue existiendo desde muchos puntos de vista como una confusión de aseveraciones y falacias argumentales.

La controversia se divide en dos partes. En primer lugar, está la auténtica dificultad de construir tablas de salarios, de precios e índices estadísticos a partir de los abundantes pero desiguales datos. Cuando tratemos de los artesanos examinaremos algunas de las dificultades que existen al interpretar los datos. Pero en este punto empieza una serie adicional de dificultades, puesto que el término «nivel» nos conduce desde los datos susceptibles de medición estadística —salarios o artículos de consumo— hacia aquellas satisfacciones de las necesidades que los estadísticos describen a

<sup>30</sup> Para que el lector no juzgue con demasiada severidad al historiador, podemos recordar la explicación de sir John Clapham respecto de la forma en que el principio selectivo puede organizar la información: «Es muy fácil hacerlo de manera involuntaria. Hace treinta años leí y subrayé el libro de Arthur Young *Travels in France*, e impartí mis clases a partir de los párrafos señalados. Hace cinco años volví a leerlo, y descubrí que siempre que Young hablaba de un francés desgraciado, yo lo había subrayado, pero que muchas de sus referencias a los franceses felices o prósperos las había dejado sin señalar.» Tengo la sospecha de que durante diez o quince años, la mayor parte de historiadores de la economía se han dedicado a subrayar la información próspera y feliz del texto.

<sup>31</sup> T. S. Ashton, «The Treatment of Capitalism by Historians», en *Capitalism and the Historians*, p. 41. El ensayo del profesor Ashton sobre «The Standard of Life of the Workers in England», que está reimpresso en este volumen, apareció originariamente en el *Journal of Economic History* (1949).

<sup>32</sup> La valoración más constructiva de la controversia se encuentra en A. J. Taylor, «Progress and Poverty in Britain, 1780-1850», *History* (febrero, 1960).

veces como «imponderables». De la alimentación pasamos a las viviendas, de las viviendas a la salud, de la salud a la vida familiar, y de aquí al ocio, a la disciplina del trabajo, la educación y el juego, la intensidad del trabajo, etc. De un estándar de vida pasamos a un modo de vida. Pero las dos cosas no son lo mismo. La primera es una medición de cantidades, la segunda una descripción, y a veces una valoración, de calidades. Mientras que los datos estadísticos son apropiados para la primera, en cuanto a la segunda debemos apoyarnos ampliamente en los «testimonios literarios». Sacar conclusiones para una de ellas a partir de los datos apropiados sólo para la otra da lugar a un importante foco de confusión. A veces parece que los estadísticos sostuvieran lo siguiente: «los índices revelan un aumento del consumo *per capita* de té, azúcar, carne y jabón, *por consiguiente* la clase obrera era más feliz», mientras que los historiadores sociales respondían: «las fuentes literarias demuestran que el pueblo no era feliz, *por consiguiente* su nivel de vida debió empeorar.»

Esto es una simplificación. Pero se deben establecer argumentos sencillos. Es perfectamente posible que los promedios estadísticos y las experiencias humanas vayan en direcciones opuestas. Pueden tener lugar al mismo tiempo un aumento *per capita* de factores cuantitativos y un gran trastorno cualitativo en la forma de vida, las relaciones tradicionales y las legitimaciones de la población. La población puede consumir más bienes y a la vez ser menos feliz y menos libre. Junto con los obreros agrícolas, el grupo uniforme de población trabajadora más numeroso, durante todo el período de la Revolución industrial, era el de los criados. Muchos de ellos eran criados domésticos que vivían con la familia que los había empleado, compartían estrechas habitaciones y trabajaban excesivas horas a cambio de unos pocos cheques. Sin embargo, los podemos catalogar, con seguridad, entre los grupos más favorecidos, cuyos niveles de vida, o de consumo de alimento y vestido, mejoraron un poco, por término medio, durante la Revolución industrial. Pero el tejedor manual y su esposa, en el límite de la miseria, seguían considerando que su posición social era superior que la de un «lacayo». O de nuevo, podríamos citar aquellos oficios, como la minería del carbón, en los que los salarios reales mejoraron entre 1790 y 1840, pero lo hicieron a costa de más horas y mayor intensidad de trabajo, de modo que la persona que mantenía a la familia estaba «acabada» antes de los cuarenta años. En términos estadísticos, esta realidad revela una curva ascendente. Para las familias implicadas podía significar la depauperización.

Así, es perfectamente posible sostener dos proposiciones que, vistas por encima, parecen ser contradictorias. A lo largo del período 1790-1840, hubo una pequeña mejora en la media del nivel de vida material. A lo largo del mismo período hubo una explotación intensificada, una mayor inseguridad y una miseria humana creciente. Hacia 1840, la mayor parte de la población estaba «más acomodada» de lo que lo habían estado sus predecesores cincuenta años antes, pero había sufrido y seguía sufriendo esa pequeña mejora como una experiencia catastrófica. Con el fin de explorar esta experiencia, a partir de la cual surgió la expresión política y cultural de la conciencia de la clase obrera, debemos hacer lo siguiente: primero, estudiar la experiencia vital cambiante de tres grupos de trabajadores: los trabajadores rurales, los artesanos urbanos y los tejedores manuales;<sup>33</sup> segundo, hablar de algunos de los elementos menos «ponderables» del nivel de vida de la población; tercero, examinar las coacciones más íntimas que provocó la forma de vida industrial y la relación que el metodismo tiene con ellas. Por último, analizar algunos de los elementos que hay en las nuevas comunidades de la clase obrera.

<sup>33</sup> He seleccionado estos grupos porque parece que su experiencia tiñe más la conciencia social de la clase obrera, durante la primera mitad del siglo. La influencia de los mineros y los obreros del metal no se sentirá plenamente hasta más avanzado el siglo. Los otros grupos clave —los hilanderos del algodón— son el tema de un estudio admirable en la obra de los Hammond, *The Skilled Labourer*.